

Editorial

A propósito de los cincuenta años de la calificación de Virginia Apgar

El momento de genialidad de la Dra. Virginia Apgar, en 1952, marca uno de los instantes más importantes dentro de lo que hoy conocemos como la medicina perinatal y la neonatología específicamente. Su escala es sumamente sencilla, proporciona un punto de referencia a partir del cual han partido otros caminos en la búsqueda de mejorar nuestras circunstancias. Nos enseña a observar con detenimiento, a autoevaluarnos, a buscar la objetividad. La misma doctora Apgar, en un ejemplo de autocrítica, desde el momento de la creación de la escala nos recuerda que en la comprensión de la realidad y de los procesos de la vida, una cifra aritmética siempre será de alguna manera arbitraria. El hombre, por naturaleza, siempre ha mostrado un afán de perfeccionamiento; en la definición del mismo llega a la conclusión de que, quizá, la expresión máxima de perfección es que somos seres humanos. La sola existencia no basta para definir a un ser humano. “La piedra existe, la bestia existe”, decía Santo Tomás de Aquino.

El adjetivo de humanidad está determinado por la capacidad del hombre para sentir consideración por otro ser vivo. El desarrollo de esta capacidad requiere necesariamente de la integridad del sistema nervioso, tanto en el aspecto físico, afectivo, cognitivo y social. Y todo ello, con el trasfondo de la inteligencia, una de las cualidades más importantes del hombre, desarrollada a lo largo del proceso evolutivo. Pero la naturaleza nos cobra un precio alto por esta cualidad, un complejo, delicado y frágil proceso de maduración del sistema nervioso que se inicia desde el mismo momento de la concepción. El desarrollo desproporcionado de nuestro cerebro ha determinado que el nacimiento sea difícil y de gran vulnerabilidad. Hoy sabemos que nuestros ancestros más cercanos ya prestaban atención especial al nacimiento. Junto con la evolución hemos ido acrecentando nuestros conocimientos en torno al momento de nacer.

En nuestro afán de comprender a la naturaleza, nos valemos de uno de los dones más preciados para hacerlo: la misma inteligencia que tanto cuidamos. Llevar lo complejo a una representación simple, convertir lo antes incontrolable en algo controlable, no es algo fácil, y quizá es esta característica de la calificación de Apgar su más grande cualidad. La neonatología ha evolucionado de manera impresionante en las últimas décadas. El descubrimiento del control térmico, la comprensión del desarrollo del cuerpo humano, la lucha contra la inmadurez, la nutrición, el desarrollo de tecnología, el concepto del no dañar en nuestro afán de ayudar, la búsqueda de una mejor calidad de vida y un mejor futuro del recién nacido; todo lo que hoy dominamos y no dominamos, de alguna manera siempre llevará el sello personal de gente como Virginia Apgar que, repito, nos enseña a observar, analizar y autocriticar procurando ser siempre mejores en lo que hacemos.

Irma Alejandra Coronado Zarco
Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales
Subdirección de Neonatología del INPer

REFERENCIAS

1. Apgar V. A proposal for a new method of evaluation of newborn infant. *Curr Res Anesth Analg* 1953; 32: 260-7.
2. Papile LA. The Apgar score in the 21st century. *N Engl J Med* 2001; 334: 467-71.